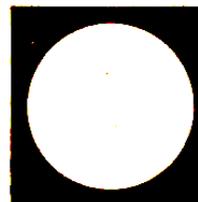


NOVALIS
HIMNOS A LA NOCHE

Versión directa del Alemán:

NESTOR FRANCIA



EL POETA

Antes un guerrero se hundió atormentado por el deslumbramiento pero otros, pocos, se confiaron y se entregaron a la muerte redentora.

Novalis se reconoció en lo que imaginaba naturaleza toda, aún en este mundo: "el paraíso se encuentra disperso sobre la tierra y es por eso que no lo reconocemos".

La revelación de la naturaleza en este mundo venía a través de su propio cuerpo, de la revelación de la carne, pues él, Novalis, era la naturaleza toda, el templo único, el santuario.

39

El hombre Novalis, un mesías, genio femenino que según Jean Paul se dejó penetrar del rayo celeste, se confió al tormento y no quiso evadir este mundo: él es, nosotros somos la oportunidad de cumplir el mandato.

¿Quién más se arriesgaría sino el poeta que es él, que es eso, el conjurador, trabajador del fuego, enfermo de amor y enfermedad?

Es religión, es misticismo, adoración, veneración.

La única religión es amor y el amor en él debía cumplirse en los eternos dulcinos, en la reconciliación de cielo y tierra en este mundo.

Si todos, si el mundo se volviera la pareja ideal!

Un solo empeño, una voluntad válida en todo.

De la poesía de la palabra a la poesía de la carne de la pareja amante: "la poesía es lo real absoluto".

HIMNOS A LA NOCHE

1

¿Qué viviente, sensible, ante la multitud de fenómenos maravillosos del espacio abierto que lo envuelve, no ama la luz que alegra todo, sus colores, sus rayos y ondas, su tierna omnipresencia, cual naciente día? Ella, como la más profunda alma de la vida, es respirada por el inmenso universo de constelaciones infatigables y nada y se sumerge en su azul torbellino; por la piedra centelleante en eterno descanso, por el árbol meditabundo y absorbente, por la bestia ardiente, multiforme y salvaje. La respira, más que ninguno, el extranjero espléndido de ojos llenos de espíritu, con pasos que flotan y labios musicales, delicadamente cerrados. Como una reina de la naturaleza terrenal, pide a las potencias transformaciones infinitas, hace y deshace innumerables lazos y rodea a cada cosa con su imagen celeste. Su sola presencia descubre el esplendor maravilloso de los imperios en el mundo.

40 Pero yo me vuelvo hacia la noche sagrada, la inexpresable noche llena de misterios. Lejos está el mundo sumergido en profundos abismos, con su destino solitario y desierto, y en las cuerdas del alma ondean tristezas graves. Quisiera caer con el rocío y confundirme con ceniza. En grises vestiduras, como niebla nocturna después del crepúsculo, vienen lejanías del recuerdo, ansias de juventud, sueños de infancia, breves alegrías y vanas esperanzas de toda la vida, mientras en distintos lugares la luz ha levantado tiendas jubilosas.

¿No podrá ella regresar jamás a sus hijos que la aguardan con creyente inocencia?

¿Qué es lo que llega de pronto al corazón, como presagio, y consume el aire delicado de la tristeza?

¿Encuentras tú también, oscura noche, placer en nosotros?
¿Qué ocultas bajo tu manto, que llega hasta el espíritu con poder invisible?

Un bálsamo precioso llueve de tu mano. Tú elevas las pesadas alas del alma y nos sentimos sacudidos, inexpresables y oscuros: veo desbordado en temor y alegría, un rostro grave que se inclina hacia mí dulce y misericordioso y me devuelve entre rizos trenzados hasta el infinito, la amada juventud de la Madre. ¡Qué pobre y pueril brilla ahora la luz! ¡Qué alegre y bendito se despide el día! ¡Y con sólo la noche alejar a tus fieles, siembras bolas de fuego en el espacio inmenso para anunciar, mientras tú

llegas, tu omnipotencia y tu regreso? Celestiales, más que todas las brillantes estrellas, nos parecen los ojos infinitos que la noche despertó en nosotros. Ellos ven a través de aquellas más pálidas legiones innumerables. Ellos no necesitan la luz y su mirada transparente los abismos de un alma amante y llena de indecible lujuria los espacios más altos. ¡Loada sea la Reina del Universo, la alta anunciadora de mundos sagrados, criadora del amor bienaventurado! Ella te envía a mí, tierna amada, grato sol de la noche. Ahora despierta, pues soy tuyo y soy mío. Tú anunciaste la noche para la vida y me hiciste hombre. Haz mi cuerpo cenizas con la llamarada de espíritu, y así, gaseoso, me habré unido a ti con más intensidad y nuestra nupcial noche será eterna.

2

¿Tendrá que volver cada vez la mañana? ¿No acabará jamás el poder terrenal, la actividad funesta que consume el divino vuelo de la noche? ¿Arderá alguna vez eternamente el sacrificio misterioso del amor? La luz tiene medido su tiempo, pero no hay espacio ni tiempo en el dominio de la noche; el sueño es eterno. ¡Sagrado sueño, haces feliz tan raras veces a los adictos a la noche en esta jornada terrenal; sólo los desviados te ignoran y no conocen de otros sueños que el de las sombras, el que tú nos concedes compasiva en cada oscurecer de la noche verdadera. Ellos no te sienten en el flujo dorado de las uvas, en el aceite maravilloso del almendro ni en el zumo pardo de la amapola. Ellos no saben que eres tú quien vuela en torno a los senos delicados de la doncella y conviertes su regazo en cielo. No imaginan que llegas desde historias antiguas y abres el cielo y que posees la llave de las mansiones bienaventuradas, tú, callado mensajero de infinitos misterios.

41

3

Cierta vez, cuando vertía lágrimas amargas, cuando se desvanecía mi esperanza disuelta en el dolor y estaba solo en la árida colina que alojaba las formas de mi vida en el espacio estrecho y oscuro; solo, como ningún solitario lo estuvo jamás, acosado por indecible angustia, sin fuerzas, tan sólo una imagen de la miseria todavía, buscando ayuda en mis contornos, sin poder avanzar ni retroceder y afechado a mi vida fugitiva y mustia con nostalgia infinita. Entonces vino desde azules lejanías, desde las cumbres de

mi antigua felicidad, un estremecimiento crepuscular y de una vez se rompieron el vínculo natal y la cadena de la luz; lejos voló la gloria terrena y con ella mi duelo y la nostalgia confluó en un mundo nuevo e insondable; tú descendiste sobre mí, emoción de la noche, sueño de los cielos: se elevó dulcemente el paisaje y encima flotaba mi espíritu alumbrado, recién nacido. Se convirtió en nube de polvo la colina y en su transparencia pude distinguir las esclarecidas perfecciones de la amada. La eternidad reposaba en sus ojos y acaricié sus manos mientras las lágrimas se urdían en cadena irrompible y brillante. Los milenios huyeron como una tormenta. Aferrado a su cuello, derramé por la nueva vida, encantadas lágrimas. Ese fue el único y primer sueño y desde entonces siento eterna e invariable fe en el cielo de la noche y en la Amada, que es su luz.

4

42 Ahora sé cuando será la última mañana: cuando la luz no ayente más al amor y a la noche, cuando sólo haya un sueño eterno, inagotable. Divino cansancio siento en mí. Lejano y fatigante me resultó el peregrinaje hasta la tumba sagrada, pesada fue la cruz. Una o'la cristalina, imperceptible para los espíritus vulgares, hierve en el oscuro regazo de la colina, a cuyo pie se deshace el flujo terrestre. Quien la haya saboreado, quien estuvo arriba en las montañas, en las fronteras del mundo, y miró desde allí el nuevo país en la morada de la noche, ese no regresará jamás al tumulto del mundo, al país donde la luz reside en eterna quietud.

El se construye arriba sus cabañas de paz, recuerda, y ama, contempla la otra orilla, hasta que la más bienvenida de las horas lo arrastra hacia los pozos de la fuente. Lo terreno nada en las alturas y regresa empujado por tormentas, pero aquello que la caricia del amor tornó sagrado, corre disuelto por caminos ocultos en el más allá, donde se mezcla, como gases, con amores dormidos. Ahora despiertas tú, alegre luz, incitas mi cansancio al trabajo y deslizas en mí la vida jubilosa; mas tú no me distraes del monumento musgoso del recuerdo. Quiero gustoso acariciar las manos laboriosas, mirar a cada sitio donde me necesites, ensalzar la plena magnificencia de tu brillo, seguir infatigable la bella comunión de tus sutiles obras; quiero observar el paso significativo de tu majestuoso y reluciente reloj, sondear el equilibrio de las fuerzas y las leyes del juego maravilloso de los espacios innumerables y de sus tiempos.

Pero mi oculto corazón permanece fiel a la noche y al amor creador, su Hijo. ¿Puedes tú mostrarme un corazón eternamente fiel? ¿Tiene tu sol amables ojos que me reconozcan? ¿Tocan tus estrellas mi mano anhelante? ¿Me dan ellas nuevamente el tierno abrazo y la palabra acariciante? ¿La adornas con colores y frágiles contornos tú? ¿O fue ella quien confirió a tus joyas un más alto y grato sentido? ¿Qué voluptuosidad, qué gozo ofrece tu vida que puedan compensar los encantos de la muerte? ¿Todo lo que exalta no tiene acaso el color de la noche? Ella maternalmente te acuna y a ella debes toda tu gloria. Te perderías en tí misma, te extraviarías en el espacio infinito, si ella no te encerrase, no te contuviese, para que tengas tu calor y engendres ardorosa al mundo. En verdad, yo era antes que tú fueses. La madre me envió con mis hermanos a habitar tu mundo y a santificarlo con amor para que se convirtiese en un monumento eternamente contemplado, para sembrarlo de inmarcesibles flores. Todavía no maduran ellas, pensamientos divinos; aún son pocas las huellas de nuestra revelación. Una vez mostrará tu reloj el fin del tiempo, cuando sea uno de nosotros y llena de nostalgia y fervor te extingas y mueras. Siento en mí el fin de tu actividad, libertad divina, regreso venturoso. En salvajes dolores reconozco tu alejamiento de nuestro hogar, tu resistencia contra el antiguo cielo esplendoroso. Tu ira y tus gritos son inútiles. Inmune al fuego permanece la cruz, bandera victoriosa de nuestra estirpe.

43

Hacia allá voy
y cada pena
será un día
gozosa espina.
Tras poco tiempo
estaré libre
y yaceré ebrio
en el regazo del amor.
Vida infinita
en mí se agita;
estoy arriba y
te contemplo desde aquí.
En aquella colina
se extingue tu brillo.
Una sombra trae
su fresca corona.
Oh, aspira, ser amado,
poséeme
para que pueda yo
dormirme y amar.
Yo siento el flujo

renaciente de la muerte
y mi sangre se hace
bálsamo y éter.
Yo vivo cada día
lleno de fe y de voluntad,
y muero cada noche
en sagrada llama.

5

44 En las razas dispersas por el mundo dominaba antaño,
con callado poder un destino férreo. Una mortaja oscura
y pesada oprimía el alma angustiosa de los hombres; la
tierra era infinita, posada y suelo de los dioses. Desde
eternidades prevalecía su misterioso régimen. Sobre los
montes rojos de la mañana, en el vientre sagrado del mar,
vivía el sol, la viva luz que incendia todo. Un antiguo
coloso llevaba en sus hombros el universo jubiloso. Bajo
montañas yacían encadenados los hijos primigenios de la
madre tierra, impotentes en su voluntad de destruir la
nueva y majestuosa generación de los dioses y de sus
parientes, los alegres hombres. La verde y oscura profun-
didad del mar era el regazo de una diosa. Entre las grutas
cristalinas se regalaba un pueblo exhuberante. Ríos, ani-
males, árboles y flores tenían sentido humano. El vino
era más dulce, abundaba en vigor, plenitud; era una deidad
maternal y amante, un dios en racimos, cosechado en
áureas y abundantes garbas. La sagrada embriaguez del
amor era un dulce servicio de la más bella diosa. En una
eterna fiesta multicolor de ángeles y hombres murmuraba
la vida, como una primavera, a través de los siglos. Todas
las razas adoraban, cándidas, a la tierna llama multiforme
como a lo supremo del universo. Sólo había un pensa-
miento, sólo una espantosa alucinación.

Que irrumpía temible en los festines
y envolvía las almas en miedo salvaje.
Entonces ni siquiera los dioses sabían de consejos
que pudiesen colmar el angustiado corazón.
Lleno de misterios estaba el sendero de aquel monstruo
cuya ira no aplacaban ni súplicas ni ofrendas.
Era la muerte quien interrumpía aquel reinado de la dicha
sembrando llanto, angustia y dolor.

Eternamente separado ahora de todo lo que
el corazón aquí riega con dulce voluptuosidad,
lejano de los seres amados, los que son sacudidos
por vana nostalgia y extenso dolor,
parece sólo permisible al muerto, desalentado sueño;

sólo se le imponen inútiles batallas,
pues ahora rompe la ola del placer
en la roca del lamento infinito.

Con espíritu audaz y fogosos sentidos
embelleció el hombre la larva cruel:
un tierno adolescente apaga la luz y descansa.
Tierno es el fin, como una onda del arpa.
El recuerdo se funda en el fresco flujo de las sombras;
así cantaba la anhelante aflicción.
Pero la eterna noche continuó indecifrada,
símbolo grave de un poder lejano.

El viejo mundo declinó. Marchitóse el jardín jubiloso de la reciente descendencia y en los amplios espacios desiertos se esforzaron los hombres que crecían sin infancia. Los dioses desaparecieron con su séquito. La naturaleza quedó solitaria y sin vida. Con férreas cadenas fue sujetado por el árido número y la medida rígida. Como en polvo y aires se derrumbó en sombrías palabras la floración inmensurable de la vida. Escaparon la fe que conjura y la imaginación, la que todo lo cambia la que todo lo hermana, la compañera de los cielos. Un frío viento del norte sopló hostil sobre las campiñas endurecidas, y la glacial patria milagrosa se desvaneció en éter. Las lejanías del cielo se llenaron de mundos luminosos. Al profundo templo, a la región más alta del alma, se retiró con sus poderes el ánima del universo, para reinar allá hasta el amanecer del día en que regrese el esplendor. La luz dejó de ser morada de los dioses y celeste símbolo: ellos se cubrieron con el velo nocturno. La noche se convirtió en seno poderoso de las revelaciones y allá regresaron los dioses y durmieron para salir al transformado mundo bajo nuevas y magníficas formas. En medio del pueblo desdeñado por todos, él que tan temprano maduró y se hizo extraño a la venturosa inocencia de la juventud, apareció con rostro insólito el nuevo mundo en la poética cabaña de la pobreza, hijo de la primera Virgen y Madre, fruto infinito de un misterioso abrazo. La intuitiva y frondosa sabiduría de Oriente fue la primera en reconocer el comienzo de la nueva edad. Una estrella le señaló el camino hacia la humilde cuna del Rey y a él se rindió homenaje en nombre del lejano porvenir, con brillo y con perfume, las más altas maravillas de la naturaleza. Solitario se desplegó el corazón divino y se hizo florida copa de amor todopoderoso, vuelto hacia el elevado rostro del Padre y descansando en el seno lleno de presentimientos de la Madre amada y soberana. Con fervor divino contemplaba el ojo profético del floreciente niño los días del futuro, sus amados seres, los vástagos de su divina raíz, preocupado de su destino

terrenal. Pronto se reunieron en torno suyo los espíritus más infantiles atrapados milagrosamente por un amor profundo. Como flores brotaba en su contorno una vida nueva y asombrosa. De sus labios amables fluyeron palabras sin fin y el más exultante de los mensajes, como chispas de un divino espíritu. Desde lejana playa vino un cantor, nacido bajo el cielo luminoso de la Hélade, y llegó a Palestina y entregó su corazón entero al niño milagroso:

Tú eres el joven que desde hace tiempo
te yergues en profunda meditación sobre nuestras tumbas,
como consoladora señal en la oscuridad,
comienzo jubiloso de la más alta humanidad;
lo que nos hunde en honda tristeza
ahora nos llama lejos de aquí con melancólica dulzura.
La muerte nos hace familiar la vida eterna:
tú eres la muerte y sólo tú nos curarás.

46 Se encaminó el cantor con alegría hacia las Indias, ebrio el corazón de dulce amor, y lo virtió en cantos tan ardientes bajo aquel suave cielo, que mil corazones se inclinaron ante él y el glorioso mensaje se reprodujo en mil frondosas ramas. Pero apenas idó el cantor la preciosa vida fue víctima de la profunda corrupción humana: murió él a temprana edad arrancado del mundo que amaba, de la llorosa madre y de sus amigos desconsolados. Su boca adorada vació la sombría copa de sufrimientos inefables. En temerosa angustia se acercó la hora del nacimiento del nuevo mundo. El luchó duramente contra el espanto de la antigua muerte; pesada era la carga del viejo mundo sobre él. Miró otra vez amablemente hacia la Madre y entonces vino la liberadora mano del amor eterno y él durmió. Por pocos días flotó un profundo velo sobre el mar espumante y la tierra trémula; innumerables lágrimas lloraron los seres amados; luego fue revelado el secreto y espíritus celestes levantaron la antiquísima piedra que cubría la oscura tumba; junto al durmiente se sentaron ángeles tiernos formados en sus sueños; despertado en nuevo esplendor divino, ascendió a las alturas del mundo recién engendrado. El mismo sepultó el antiguo cadáver en la fosa abandonada y su mano todopoderosa colocó la piedra en su lugar, de donde ningún poder habría de levantarla. Todavía lloran tus amados lágrimas de alegría, lágrimas de emoción y de gratitud infinita ante la tumba. Ellos, ven todavía alegremente sorprendidos, cómo resucitas y resucitan ellos contigo; te ven llorar enternecido sobre el pecho venturoso de la Madre, andar serenamente con tus amigos, decir palabras que parecen nacidas del árbol de la vida; te ven cómo acudes lleno de nostalgia, a los brazos

del Padre, trayendo la nueva humanidad y el vaso invencible del porvenir dorado. En el triunfo divino la Madre pronto te siguió; estuvo, la primera, en la nueva morada, junto a tí. Largo tiempo ha pasado y tu nueva creación se reviste de un brillo cada vez más alto, y miles de seres escapan del dolor, la tortura, y te siguen llenos de fe y confianza y lealtad hacia tí y reinan contigo y la virgen celeste en el imperio del amor y te reverencian en el templo de la divina muerte y son tuyos por la eternidad.

NOSTALGIA DE LA MUERTE

¡Bajemos al seno de la tierra!
¡Huyamos del reino de la luz!
la furia del dolor y su duro choque
señalan la alegre partida:
navegamos en la estrecha barca
lanzados hacia las orillas de cielo.

47

¡Alabada sea la noche eterna!
¡Alabado el eterno sueño!
Bastante nos ha calentado ya el día
y marchitado nuestra larga pena;
las ganas de lo extraño se nos van
y queremos volver a la casa del Padre.

¿Qué hacer en este mundo
con nuestro amor y nuestra lealtad?
Si hemos rechazado lo antiguo,
¿Qué esperar de lo nuevo?
¡Cuán solitario y confundido vive
quien ama con calor y fe los tiempos idos!

En tiempos pasados cuando los espíritus
ardían en altas llamas
y los hombres aún reconocían
el rostro y la mano del Padre
y alguno, noble y cándido,
Su original imagen todavía emulaba;

En tiempos pasados cuando todavía
florecente la raza original brillaba
y los niños pedían tortura y muerte,
para alcanzar el reino de los cielos,
hubo corazones que morían de amor
aun henchidos de deseo y vida;

En tiempos pasados cuando en el fuego de la juventud
Dios mismo se anunció
y a temprana muerte en voluntad de amor sacrificado,
su dulce vida consagró
y no rehusó dolor ni angustia
para dilucidarnos más su símbolo.

Con nostalgia angustiosa miramos a esos tiempos
envueltos en oscura noche,
pues en presentes estaciones
nuestra sed jamás será calmada:
debemos volver a nuestro hogar
para vivir en esos tiempos sacros.
¿Qué demora aún nuestro retorno?
Ya reposan desde largo tiempo los amados,
sus tumbas cierran el camino a nuestra vida,
dolor y zozobra nos invaden.
No hay nada que buscar.
Lleno está el corazón, vacío el mundo.

La piedra ha sido levantada,
la humanidad está de pie,
todos permanecemos tuyos
y estamos libres de ataduras;
la amarga pena acaba
en tu cáliz dorado
al ceder la tierra y vida
en la última cena.

Llama a bodas la muerte,
las lámparas brillan a luz plena,
las doncellas están en su lugar
y el aceite no falta.
Ya en la lejanía se oyen
los ecos del cortejo,
las estrellas nos llaman
con voces y tonos humanos.

Hacia tí, María, ya se eleva
una multitud de corazones;
en esta vida oscura
ellos te solicitan sólo a ti,
esperan por su salvación
con ansias desbordantes;
abrázalos sagrado ser,
contra tu pecho fiel.

Hacia los que en el fuego
de amargo dolor se consumieron
y huyendo de este mundo
se encaminaron hacia tí
y nos socorrieron
en tiempos de pena y escasez,
hacia ellos vamos hoy
para acompañarlos en la eternidad.

No llora de dolor ante las tumbas
el que ama y tiene fe;
el dulce tesoro del amor
no le es robado a nadie.
Para mitigar su nostalgia
lo exalta a él la noche
y su corazón está guardado
por fieles ángeles del cielo.

49

Consolada se va la vida
hacia la vida eterna;
por llama íntima henchido
nuestro espíritu se esclarece,
el mundo de los astros se convierte
en el vino dorado de la vida:
nosotros lo disfrutaremos
y seremos estrellas luminosas.

El amor se expande libremente
y se acaba la separación,
la vida ondea en su plenitud
como un mar infinito.
¡Sólo una noche de placer!
¡Un eterno poema!
Y todo nuestro sol
es el rostro de Dios.

Infinito y lleno de misterios
el torrente de un dulce estremecimiento nos traspasa.
Esecho desde hondas lejanías
luctuosos ecos:
los amados también nos recuerdan
enviando nostálgicos suspiros.

¡Bajemos hacia la dulce novia!
¡Hacia Jesús el bienamado!
¡Consolaos! Las brumas del anochecer
cubren a los amados, a los afligidos.
Un sueño rompe nuestras ataduras
y en el seno del Padre nos abisma.

N O T A S

50

1. La presente versión de *Himnos a la noche*, directamente hecha del alemán por Néstor Francia, joven estudiante de la Escuela de Letras, U.C.V., 1970, resultó como trabajo de requisito para aprobar la asignatura "La poesía y los poetas" en el 3er. semestre de estudios. Cursante de este mismo grado e integrante del equipo "Novalis", Adelaida Villaba debió escribir la nota introductoria "El poeta".

La traducción de Francia es óptima en su desusada evitación de la ampulosidad castellana que ha tendido a desnaturalizarnos al genio romántico alemán, así como en su fidelidad a la imaginación y a la coherencia filosófica que sólo habíamos certificado antes en el Novalis de *Los fragmentos y Los Discípulos en Saís* (Ed. El Ateneo, Buenos Aires), e indirectamente en el capítulo que Béguin le consagra en *El alma romántica y el sueño* (Fondo de Cultura Económica).

2. El conjunto de 25 composiciones en verso de Bertolt Brecht debe la mayor parte de su interés editorial a que se mantenían, en su dispersión, sin publicar en castellano (excepto "en un tiempo", bastante mejorado aquí si se compara con su traducción "Antes" del volumen 103 de Alianza Editorial, y también "Poesías del exilio", que fue bellamente traducido por la revista venezolana *Tabla Redonda*). Fueron vertidos del italiano, aunque frecuentemente cotejados con el original alemán, de la edición bilingüe *Poesie e canzoni*, de Einaudi, como parte de un trabajo de comprobación final en la asignatura "Tendencias literarias contemporáneas II", Escuela de Letras, U.C.V., 1970, por un equipo que constituyeron los estudiantes Rosalba Giuliano, Adelaida Villalba y A. E. Acevedo. A este último le fue asimismo encomendado redactar una introducción que situara a Bertolt Brecht poeta.

Adviértase que en traducciones como "Balada de las Viudas de Osseg" y "Balada de Marie Sanders", se prescindió del ajuste musical y funcionó la sola pauta literaria.